

PREGÓN 2023

Requena 25 de noviembre

D. Pablo Martínez Gil

**Glorioso San Nicolás,
los hijos e hijas de Requena
te han tenido siempre
como su patrón y protector.**

Con estas palabras comienza cada lunes la caminata a nuestro patrón y con ellas me gustaría empezar hoy este pregón.

«SIEMPRE como su patrón y protector...». Ese SIEMPRE suena con más fuerza en el eco de esta cúpula y entre estas paredes que han sido testigos durante siglos de la devoción que todos los hijos de Requena te han tenido y que están cimentadas sobre los restos de los primeros cristianos de esta tierra.

Por eso, te confieso, San Nicolás, que siento una gran responsabilidad como hijo de Requena al dirigirme a ti en este lugar, la parroquia más antigua de la ciudad, como se lee en el antiguo sello parroquial.

Hablar de orígenes, de raíces, de lo familiar siempre sobrecoge porque llega a lo más hondo de cada uno de nosotros, y la mayoría de los que estamos aquí tenemos a San Nicolás en los orígenes de nuestra vida y de nuestra fe. Cuántos de nosotros hemos visto a nuestros abuelos y abuelas, madres y padres o vecinos, dirigirse a ti en tu altar de la parroquia o en cualquier estampa, que, como en mi caso, aparecen por cualquier cajón de casa o cualquier bolsillo. A muchos de los requenenses, casi antes de poder hablar o de enseñarnos el Padrenuestro, nos han dicho: «¡Échale un beso a San Nicolás!» o «¡Pídele que nos cuide!».

En 1875 el presbítero requenense Juan Antonio Navarro publicó un libro titulado Compendio Histórico de la vida y milagros de San Nicolás de Bari, patrón y protector de la villa de Requena, en el que además se incluía una novena. En la introducción hizo una pequeña dedicatoria a su madre en agradecimiento por la transmisión de la devoción al Santo y creo que el sentimiento podría ser compartido por tantos y tantos hijos de Requena a lo largo de la historia.



«Con la leche de tu pecho yo mamé la devoción hacia el Santo; muy niño todavía, tú me enseñaste a orar delante de su imagen bendita, haciendo que mis labios, cuando apenas sabían balbucear palabras, pronunciaran su nombre llamándole mi Protector y Abogado. En mi adolescencia a porfía con mi padre, tú me inspiraste la omnimoda confianza que te merecía con dulzura, y llena de agradecimiento, me repetías las gracias que por su intercesión el Señor te había dispensado».

Hoy quisiera también hacer como don Juan Antonio y que este pregón sea un homenaje agradecido a todos los requenenses y devotos del santo que a lo largo de nuestra historia nos legaron la devoción a ti. También a los que hoy en día dejáis este gran tesoro en manos de los más jóvenes y pequeños.

**Glorioso San Nicolás,
los hijos e hijas de Requena
te han tenido siempre
como su patrón y protector.**

Saludo al Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Obispo electo de Santander, querido don Arturo. No sólo los hijos de Requena tienen a San Nicolás como patrón, los hijos de adopción como usted también y, aunque siempre nos tenemos presentes y somos conscientes de que la devoción a San Nicolás nos une, estamos convencidos de que cuando visites las tres parroquias dedicadas a San Nicolás en pueblos como Sámano, 1 PÉREZ CARRASCO, J. (1901, reed. 2016). Los oprimidos (p.33) Editorial Novabernia. Valencia.

Gornazo y Las Presillas en Cantabria, estaremos más unidos aún si cabe por la devoción a nuestro Santo Patrón.

También saludo a d. Fernando Carrasco, párroco de Requena. Muchas veces te he oído decir: «la providencia de Dios es escandalosa»

Hace más de año y medio, cuando hablábamos del cambio de bancos y de que se tendría que cerrar el Carmen en vísperas de San Nicolás, no me imaginaba que la que íbamos a liar me iba a afectar tan personalmente, ni que yo tendría que ser pregonero y mucho menos que por ello me tocaría hacer este pregón aquí. La providencia de Dios ha querido que tenga este inmenso privilegio.

San Nicolás es patrón de Requena, de todos sin distinción alguna, como lo es la corporación municipal, encabezada por la alcaldesa de Requena dña. Rocio Cortés, a la que agradezco su presencia y también saludo.

Recibid un abrazo el presidente de la mayordomía Ernesto Sánchez y presidente anual de festejos, Pascual Ortiz. De todas las personas que conozco creo que sois las que más años habéis sido presidentes de algo. Muchas gracias por vuestra dedicación y esfuerzo. Todos los mayordomos y devotos de San Nicolás, recibid también un fuerte abrazo.

Estar hoy aquí anunciando la fiesta de San Nicolás impresiona por muchos motivos, pero el fundamental es el agradecimiento y la responsabilidad que la mayordomía y Pascual han puesto en mí para hacerlo. Y más en este año tan señalado en el que puedo hacerlo en este antiguo templo. Como dije en el saludo de la revista, Pascual me lo propuso el día en que conmemorábamos el XXV aniversario de la Coronación Canónica de la Virgen de los Dolores y enseguida dije que sí, pero con el paso de los días fui revisando quiénes habían sido pregonero y sus pregones, y fui siendo consciente de que esto no iba a ser nada fácil.

Por todo ello, a la hora de plantearme cuál podría ser mi aportación al anuncio de la fiesta del Santo, creo que el pregón serviría de poco si al salir de aquí no he conseguido transmitirlo o redescubrirlo las ganas de vivir al cien por cien la fiesta.

Creo que mi pregón sería un fracaso si no consigo transmitir, aunque sea mínimamente, la alegría que supone la fiesta de San Nicolás. Y no solamente la fiesta, sino también la alegría que supone la devoción a este gran Santo que la Iglesia ha venerado desde el mismo momento de su muerte.

Desde mi experiencia considero que la alegría quizá sea el gran lazo que une todo lo que va relacionado con San Nicolás y especialmente con su fiesta. Recuerdo especialmente cómo, siendo un niño, con alegría acompañaba a mi abuela cada seis de diciembre a misa, cómo esa misma tarde Fernando «Goriet» traía un trozo bien grande de pan bendito a casa de mis abuelos, también cómo siendo más mayor con alegría esperaba acabar las clases el día cinco por la tarde para salir corriendo a la hoguera o la hora de salir a la «despertá» y al pan bendito al día siguiente. Más tarde fui siendo consciente de la alegría de implicarse en la mayordomía, de compartir la fiesta con los demás, la alegría de pequeños, pero a la vez grandes regalos, como fue repicar las campanas de esta iglesia en el año 2013 junto a Francisco García «Pingajo» y Nacho Latorre después de muchos años sin ser tocadas, pero mayor regalo fue ver a vecinos muy mayores de la Villa llorar de alegría y emoción por haberlas oído.

Pero también es cierto que vienen los momentos menos agradables. Siendo realistas, la mayoría de las veces nos ponemos delante de San Nicolás para pedir su intercesión en una situación difícil, por una enfermedad grave o cuando ya hemos perdido todas esperanzas... ¿Cómo puede haber también alegría en eso?

San Nicolás también pasó por situaciones difíciles. Aunque cada lunes lo repitamos en la caminata, es poco conocido que fue perseguido, encarcelado y desterrado por su fe. Allí, en la cárcel, sufrió torturas como ser azotado amarrado a un poste, escupido y abofeteado e incluso le prendieron fuego a su barba después de empaparla en aceite. Sin embargo, se dice de él que transformó aquel tenebroso lugar en Casa de Dios, animando con cantos y alabanzas a los que estaban en su misma situación.

Pues ahí precisamente residirá la alegría en los momentos difíciles, en poder transformar la tristeza en alegría gracias a la intercesión del Santo. «Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría» nos dice Jesús en el evangelio de Juan (Jn 16, 20).

Llegados a este punto, me gustaría contar dos testimonios recientes de casos en los que en medio del sufrimiento San Nicolás se ha hecho presente para interceder y dar consuelo.

El primero, sin entrar en muchos detalles, el de una mujer cuyo marido cayó muy enfermo el día de San Nicolás del pasado año. Hace unas semanas ella me contaba con toda serenidad cómo le pidió al Santo su intercesión. Al final la solución no fue como ellos querían; de hecho, la situación que viven ahora es realmente

complicada. Y muy emocionada me decía: «San Nicolás no me ha dado la solución que yo le pedí, pero sí me ha enseñado a ser fuerte y aceptar lo que Dios ha querido sin ningún reproche».

El otro caso cercano del consuelo y caricia en momentos tristes lo pudimos ver casi todos los que estamos aquí el pasado cuatro de mayo. Ese día la Virgen de los Dolores volvía al Carmen acompañada por San Nicolás tras el primer día del triduo del aniversario de la Coronación Canónica. Unos meses antes, mientras se preparaban esos actos, jamás se pensó en que la Virgen pasara por la calle Miguel Marco y por un imprevisto con el tamaño de las andas se decidió que era el mejor camino. Ese mismo día falleció uno de los más veteranos mayordomos de San Nicolás y gran devoto de la Virgen: el vecino de esa calle que falleció se llamaba Nicolás. Muchos lo verán como una casualidad, como un momento de tristeza inmensa, pero lo realmente cierto y de lo que no tengo ni la más mínima duda es que ellos quisieron pasar por la puerta de Nicolás para dar ese abrazo de esperanza a su familia, que los esperaba emocionados en el balcón y también a muchos de los mayordomos que los acompañábamos y queríamos a Nicolás.

En fin, no voy a hacer la lista más grande porque todos tenéis mil motivos y vivencias personales para añadir y que os invito a hacer y revisar sin miedo a emocionaros, pero creo que todos coincidiremos en ese sentimiento de alegría, una alegría que muchas veces es inexplicable, que nos supera. Una alegría que no acaba cuando pasan los días de la fiesta, sino que es duradera y que nos hace tener ese deseo de implicarnos más, de que vuelvan los días de la fiesta, de compartir. Una alegría que incluso se hace presente en los momentos de dolor y sufrimiento. Una alegría que marca totalmente nuestra vida. Lo que vivimos con San Nicolás

o gracias a él nos hace estar a gusto, nos emociona... pero ¿por qué?


Quizá porque la alegría va más allá de la fiesta o de las vivencias personales que cada uno tengamos; es más, me atrevería a decir que esa alegría va más allá hasta del propio San Nicolás, aunque suene hasta una aparente contradicción decirlo en este contexto. Un proverbio chino atribuido a Confucio dice que mientras el sabio señala a la Luna, el necio se queda mirando al dedo. No podemos quedarnos en lo bonito o en lo feo de estos días que hoy comienzan, en lo que ha pasado o lo que ha dejado de pasar, que también es importante, por supuesto. San Nicolás nos señala a alguien más grande. Nuestro patrón a lo largo de su vida no hizo otra cosa que señalara a Dios con sus acciones y su vida.

Me impresiona mucho cuando en los escritos de la vida de nuestro Santo Patrón se cuenta el milagro de las tres cantidades de oro que todos conocemos para salvar a tres jóvenes de la prostitución. San Nicolás arrojaba la cantidad de oro por la ventana y huía, en algunos casos se dice que como un criminal para que no se le pudiera atribuir a él la obra, sino al mismo Dios y a su providencia.

San Nicolás, a lo largo de la historia de Requena, ha seguido repitiendo el milagro y no ha dejado de lanzar por nuestra ventana una cantidad de algo más valioso que el oro: la alegría. La alegría que supone el encuentro con Dios y con los demás a través de su vida, su fiesta y la devoción que le tenemos.

Una alegría, la del Evangelio, que según el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium, «llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él, continúa Francisco, son li-





berados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría»².

Esa es la alegría que nos ofrece San Nicolás, la alegría del encuentro con Cristo que llena nuestra vida entera, que permanece más allá de nuestras circunstancias personales.

Más adelante, el Papa habla de ríos de alegría que ofrece el Evangelio e invita a sumergirse en ellos. Con este pregón os invito también, seguramente siendo bastante atrevido por mi parte y parafraseando al Papa, a que nos sumerjamos en los ríos de alegría que se acercan estos días con la fiesta de San Nicolás. Serán muchos y de muchas maneras, y cada uno tendrá el suyo particular seguramente. Dios nos conoce y sabe lo que necesitamos, pero no lo dejemos pasar de largo.

Estos ríos de alegría necesitan de un cauce para llegar a todos, de personas que la acojan y la hagan llegar a los demás. Por ese motivo ahora me gustaría dirigirme a los mayordomos y, en general, a todas las personas que trabajan por la fiesta del santo. Desde aproximadamente 1478, cerca ya de 550 años, la mayordomía trabaja incansablemente por y para la devoción al Santo Patrón. Normalmente en los pregones se ensalza al santo, sus milagros, pero es de justicia reconocer la labor de los mayordomos que a lo largo de la historia han forjado la mayordomía, incluso cuando estaba a punto de desaparecer cerca de 1890 como Enrique Herrero y Moral menciona en su Historia de Requena, cuando contaba sólo con cuatro mayordomos.

Pero ni en épocas difíciles y en horas bajas la mayordomía dejó de trabajar para que la fiesta tuviera todo su esplendor. Pocos años más tarde, en 1901, el requenense Julián Pérez Carrasco escribió Los Oprimidos, una novela ambientada en una ciudad ficticia llamada Roquetas, que por todos los datos que se dan es sin duda alguna nuestra ciudad. En ella dice sobre la fiesta de San Nicolás:

«Antes de la misa cantada, se había verificado la procesión llamada del pan bendito. Dos muchachas, guapas entre las de mejor ver, ataviadas con sus galas mejores, pasearon por las calles más céntricas enormes tortas de pan, amasado con cominos, las cuales, después de bendecidas por el cura, fueron partidas en trozos pequeños que se distribuían entre los fieles que iban a la fiesta. La procesión tuvo el éxito de siempre. No hubo balcón o ventana que no se abrie-



ra, dejando ver caras de todas las edades y condiciones, ávidas de contemplar el paso del pan bendito. Diez o doce rapazuelos haraposos corrían y brincaban delante de las muchachas, siguiendo los acordes de una música infernal y desafinada que cerraba la comitiva. Las jóvenes marchaban graves y serias, ruborizadas por los chicleos de los mozos y sudorosas por el peso de su carga que llevaban a la cabeza, dejando al descubierto las ricas tortas, que el arte primitivo de un panadero zafio había adornado con ramilletes y pajarillas de papel de color. Entre las mozas y la banda de música, los hermanos de San Nicolás, organizadores de la fiesta, marchaban con cara de pascuas disparando petardos y cohetes voladores que producían el encanto de la chiquillería. En cuanto el pan que había de ser bendecido estuvo en la iglesia, comenzó la ceremonia religiosa, con acompañamiento de los estridentes gruñidos del destartalado órgano que lanzaba amargas quejas al sentirse manoseado por el viejo sacristán».

Ya que estamos en este templo, como muestra me gustaría leer el fragmento de cómo fue la fiesta del año 1918, cinco años después de los primeros informes de ruina del edificio, pese a lo cual no se escatimó en nada. Está extraído de la crónica de la parroquia de San Nicolás que se conserva en su archivo. Es un ejemplo del último día de la novena en el que, según está escrito, el tiempo era inmejorable y la concurrencia numerosa, a diferencia de otros días de mal tiempo y concurrencia escasa, para que veamos que hemos cambiado poco los requenenses en estos cien años. Os invito a dejar la imaginación volar, ya que esto ocurrió aquí mismo donde nos encontramos.

«A las cinco de la tarde con la solemnidad de todos los días se celebró el último día de la novena. Primero, exposición, a lo que siguió el trisagio cantado admira-

blemente por el coro de voces, reforzado con aficionados al divino arte. Siguió la novena a cargo de D. Julián y a esta el sermón que predicó el párroco. Terminado el sermón se cantaron los gozos entre el regocijo de los fieles que eran no pocos en esta noche. Entre tanto se organizó la procesión en la forma siguiente: el Santísimo llevado por el preste bajo palio y, llevando la imagen de San Nicolás delante, se inició la procesión claustral entonando el Tantum Ergo. Al llegar a la puerta de la iglesia se colocó el Santísimo sobre la mesa preparada a tal efecto vestida convenientemente, el diácono incensó de la forma acostumbrada, se cantó la oración y siguió solemnemente la procesión con el canto del Sacris Solemnis hasta llegar al altar mayor, que se cantó de nuevo el himno del Congreso Eucarístico y el Pange Lingua. El preste bendijo con la custodia que contenía a nuestro dulce Jesús entre nubes de incienso y notas de alegría que trasportaban a las almas. Hecha la reserva se dio a besar la reliquia de San Nicolás. Pocas veces se ha visto el hermoso templo de San Nicolás con una concurrencia tan numerosa como en la ocasión presente».

Al día siguiente, día catorce de diciembre se celebró una misa de honras por los mayordomos difuntos de San Nicolás y ya el día quince, una función votiva a San Nicolás con hoguera la noche anterior, serenata, diana en la madrugada y pan bendito.

¡Cuánta alegría se puede ver en estos relatos y, si nos paramos a pensar en ella, es la misma que sentimos hoy en día en los días de San Nicolás! Y también cuánto trabajo de los mayordomos. Muchos de los que estáis aquí habéis quitado horas al sueño por la fiesta, de estar con la familia; os ha costado enfados y decepciones, pero estoy convencido de que también ello os ha dado algunos de los momentos más emocionantes e importantes de vuestra vida.

² Crónica de la parroquia de San Nicolás (1918-1922). Ref.: 2.1.1 Archivo parroquia de San Nicolás de Requena (pp. 77-79).

Benedicto XVI, en su mensaje a la curia para la Navidad de 2008, decía algo que puede aplicarse perfectamente a la fiesta de San Nicolás y a vuestro esfuerzo: «La alegría es parte integrante de la fiesta. La fiesta se puede organizar; la alegría, no. Sólo se puede ofrecer como don».

Por tanto, la alegría es don, regalo. Y nosotros sólo podemos acogerla, disfrutarla y ofrecerla a los demás. La mayordomía tiene la suerte y la responsabilidad de, con su trabajo y su testimonio, ser cauce del don de la alegría toda Requena.

Para terminar, cuando pienso en la idea de los ríos de alegría que citaba antes, me viene a la cabeza una fotografía algo borrosa que aparece este año en la revista de la mayordomía. Es del pasado veintuno de agosto de la Gran Caminata de San Nicolás, que llevamos celebrando ya dos años y que se ha convertido en uno de los actos más multitudinarios que la parroquia y la mayordomía organizan de la mano. Tan multitudinario que desde el año pasado se debe registrar otro milagro más de San Nicolás: la multiplicación del pan bendito o cómo repartir dos tortas entre cuatrocientas personas y que no faltara, del que son testigos Ernesto y mi padre.

Dejando la anécdota y volviendo a la foto, en ella se ve a San Nicolás en primer plano y una gran cantidad de gente detrás con una sonrisa en la cara bajando la cuesta del Castillo completamente desbordada. Una fotografía en la que parece que la fiesta y la alegría de lo que allí estaba ocurriendo se iba a desbordar como un río por toda Requena.

Que esa fotografía sea imagen de lo que va a ocurrir en Requena en estos días, que desde hoy la fiesta y la alegría llenen cada rincón de esta ciudad.

El libro de los Hechos de los Apóstoles en su capítulo octavo habla de la actividad de los Apóstoles entre persecuciones y sus labores cotidianas, y en medio de todo eso, dice la Sagrada Escritura: «la ciudad se llenó de alegría» (Hch 8, 8).

En medio de nuestra vida, de nuestras preocupaciones y nuestros sufrimientos, disfrutemos de estos días que se nos ofrecen como un gran don. Que salgamos a las calles, plazas, que compartamos nuestra vida y que, como los primeros Apóstoles, llenemos nuestra ciudad de alegría.

Llenemos Requena de alegría,
de esa alegría que se desborda
esa alegría que es Cristo y que San
Nicolás, con su vida y
sus obras nos pregona.
Llenemos la ciudad de alegría,
la de nuestros padres y abuelos,
que de niños nos decían:
«ahí viene San Nicolás: échale un
beso».

Llenemos la ciudad de alegría,
la de la oración confiada,
de los que a tu intercesión
todos los lunes se aclaman.
Llenemos la ciudad de alegría,
la de saber que la fiesta
ha vuelto de nuevo a esta casa
casi cien años cerrada.

Llenemos la ciudad de alegría,
recordando a las mujeres,
que en su reja o su balcón

con capuchas y mantones
esperaban cada año
el paso de la procesión.

La de jóvenes que con
garbanzos
para buscar un «amigo»
con alegría y puntería buscaban
del Santo Patrón el ombligo.

Llenemos la ciudad de alegría, ma-
yordomos, con nuestras
reuniones y cenas, con nuestros
acuerdos y discusiones,
con nuestras pequeñas guerras.
En las que las mayores bombas
y la mayor agresión
es que Ernesto le diga a Pingajo
«¡Borrucho!»
y Pingajo a Ernesto «¡Cabezón!».

Llenemos la ciudad de alegría
con el pan bendito y la hoguera,
el olor a pólvora y chocolate,
y, cómo no, a arroz en cazuela.

Llenemos la ciudad de alegría
con el sonido de las campanas,
de los gozos y castañuelas,
de los cohetes y de las tracas.

Llenemos la ciudad de alegría
esta noche con el pregón,
que mi voz, vuestra voz,
con alegría, por supuesto,
se unan para gritar:

**¡Viva el Santo Patrón!
¡Viva Requena!**

